

FLAVIUM BRIGANTIVM = BETANZOS

OTRO VOTO DE CALIDAD



R. P. FIDEL FITA, S. J.,

Director que fué de la Real Academia de la Historia.

* Arenys de Mar, 31 dic. 1831.

† Madrid, 13 enero 1918.

El renombrado arqueólogo catalán, Rvdo. P. Fidel Fita, en un documentadísimo artículo publicado en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», número correspondiente al mes de mayo de 1910, considera también a la ciudad de Betanzos como la urbe sucesora de la antigua y famosa *Flavium Brigantium*, coincidiendo con el criterio anteriormente sustentado por el P. Mariana, Porreño, Cornide, Labrada, Vereá y Aguiar, Lafuente, Neira de Mosquera, Piferrer, Rada y Delgado, Saavedra, Fulgoso, Hübner, Barros Silvelo, Fernández-Guerra, Murguía, Amor Meilán, Santiago de la Iglesia, Lampérez, García de la Riega y otros muchos eminentes historiadores, cuyas autorizadas opiniones respecto al caso iremos insertando —Dios mediante— en números sucesivos del ANUARIO— la de don Manuel Murguía, el egregio patriarca de las letras galaicas, puede verse en el fascículo del año 1948—, así como los informes que, en su día, a petición de nuestro concejo, hayan de emitir las corporaciones científicas, especializadas en estudios histórico-geográficos, finalizando con ello— es de suponer— el enojoso y ya secular litigio tericamente sostenido por la pasión localista, que nada favorece —dicho sea de paso— a la verdad histórica, único objetivo que debemos perseguir en toda investigación seria.

He aquí ahora el interesante trabajo del sabio y venerable jesuita:

«LÁPIDAS ROMANAS DE CIUDADELA.—Esta noble feligresía del ayuntamiento de Sobrado, en el partido judicial de Arzúa, está situada en el extremo oriental de la provincia de La Coruña, confinante con el occidental de la de Lugo. El término municipal de Sobrado es además lindero de Curtis por el Norte, de Boimorto por el Oeste y de Mellid por el Sur. El nombre de esta *Ciudadela* y su posición estratégica, que domina dos vías antiguas de gran concurso, hacían presentar el reciente descubrimiento de sus lápidas epigráficas.

La vía romana que rectamente se dirige de Santiago de Compostela a Lugo, remonta el río Tambre por la ribera izquierda, y muy poco se distingue del camino francés, que fué durante la Edad Media el más frecuentado de los peregrinos. La primera estación de esta vía, que en el Itinerario de Antonino, núm. 18, ocurre, se llamó *Asseconia*, reducida al pue-

blo de Quión, en el partido de Arzúa, por el señor Saavedra (1), donde el río Laña corre a precipitarse en el Ulla. Algunos códices del Itinerario abrevian el nombre romano de este lugar, escribiendo *Ascionia*, y discrepan del número regular, o XXIII, de las millas que lo separan de Iria, produciendo las variantes XXII y XIII. Éste último parece provenir de la omisión de una X. Desde *Asseconia*, la vía prolongándose hacia el oriente en busca de las fuentes del Tambre, cuenta, proporcionalmente a las variantes sobredichas, ya XII ya XXII millas, hasta la estación de *Brevis*, que el señor Saavedra redujo a Mellid, donde está la casa, que fué hospital de peregrinos. Lo cual no impide suponer la existencia de un ramal, algo más breve, que sin ladearse hacia el Sur, ni alejarse del Tambre, arrancase de Quión, pasase por Medin, Bembejo, Pastor, *Boimorto* y *Sobrado*, Porto Salgueiro, Naria y San Esteban, para enlazarse con la vía que, bajando de Betanzos (*Flavium Brigantium*) con dirección a Lugo, pasaba por Guitiriz (*Caranico*), juntándose probablemente con ésta la otra vía poco antes de cruzar el Tamboga por Puente Rábade.

Conforme lo ha demostrado nuestro sabio compañero, el señor Saavedra, en su estudio sobre *La Geografía de España del Edrisí* (2), este geógrafo árabe del siglo XII, a quien no era desconocido el trazado de las vías romanas y las distancias de las estaciones marcadas por el Itinerario de Antonino, contó *seis millas* desde el puente de Cesures sobre la ría de Arosa, próximo a Padrón o a Iria, hasta Santiago de Compostela; y *cuarenta y dos millas* desde Compostela, remontando o siguiendo la ribera izquierda del Tambre hasta las fuentes de este río, donde coloca y menciona, llamándola *Bort-Tama*, la feligresía de Porta, que contiene la villa y el célebre monasterio de Sobrado, fundado en el año 952.

Con esto queda resuelta la cuestión geográfica que acerca de la situación de *Bort-Tama* planteó en muy docta monografía don José Villa-Amil y Castro (3), propendiendo a creer que el monasterio insigne, al que se refiere Edrisí, fuese el de Santa María de Bretoña (4), hacia el extremo oriental de la provincia de Lugo.

Las ruinas de Ciudadela fueron objeto de sucintos artículos publicados por el *Boletín de la Real Academia Gallega*, revista mensual (núms. 25, 26 y 28), en abril, mayo y julio de 1909. El primero, con el título *Una estación romana desconocida*, lleva la firma del descubridor, el docto jesuita P. Celestino García Romero, residente en Santiago de Compostela, que sabe unir a las tareas de misionero apostólico las de aficionado a los estudios arqueológicos, que ejerció, no sólo en Ciudadela, sino en el confinante pueblo de Boimorto, mas no alcanzó entonces a consignar, o ver, ningún epígrafe romano.

En el segundo artículo, cuyo lema es *Enigma arqueológico*, su autor, más afortunado que el P. García Romero, da importantes noticias ilustrativas de la extensión, distribución, lápidas epigráficas y otros restos romanos de aquella populosa ciudad.

«Cierto es —dice—, que dicha población debió perecer por el fuego, según puede colegirse examinando piedras y tejas.»

«La gran área que abarca el muro de recinto descubierto, y teniendo en cuenta las elípticas que desarrolla, apenas si lo puesto a la luz del día alcanza a una décima parte de la extensión total. Y siendo este supuesto cierto, pasa de mil metros cuadrados el lugar murado. De poblados de menor radio hablan Plinio, Strabón y Antonino.»

«Desconozco las monedas, collar, lanza de cobre, vasos de barro y otros objetos allí descubiertos. Según me aseguran, el collar, que era de oro, así como algunas monedas del mismo metal, las vendió para fundir el mismo labriego que las encontró; pero sí conozco en cambio tres inscripciones lapidarias halladas en la parte más baja de la destruida y anónima ciudad, un *terminus* con un falo en relieve y un medio horno de cocer pan.»

«La bóveda de este horno está hecha con piedras menudas sin labrar, unidas por medio de grosísima capa de cemento, cuya consistencia sobrepuja a la de las piedras mismas; pues éstas se deshacen, mientras que aquél forma un todo compacto y de gran dureza. Semejante a éste he visto algunos hornos en varias estaciones romanas de España (reino de Valencia, provincia de Soria, Andalucía); y no me queda duda alguna acerca del sistema empleado, y, por lo tanto, de su origen romano.»

«Además, el *terminus* con el falo indica la existencia de un barrio o *isla*, exclusivo para las meretrices, dato importantísimo para inclinar la balanza de las suposiciones en favor de la existencia de una ciudad en aquel lugar».

(1) Discurso de su recepción en la Academia, pág. 148. Madrid, 1862.

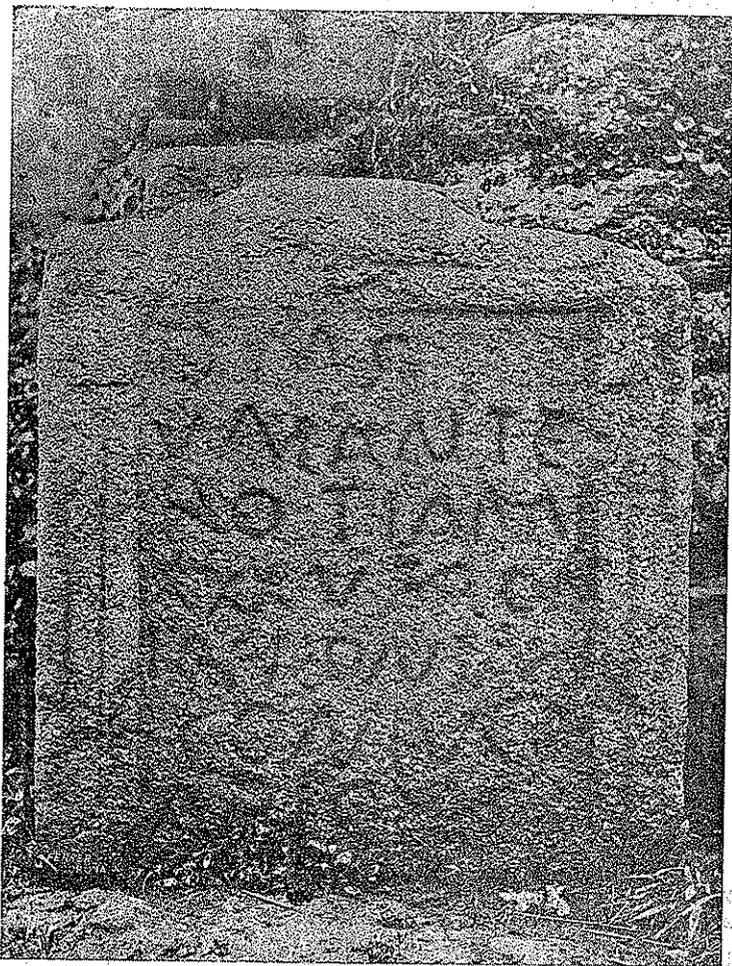
(2) Págs. 62, 63, 76 y 77. Madrid, 1881.

(3) *Pobladores, ciudades, monumentos y caminos antiguos del Norte de la provincia de Lugo*, ap. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomo V (segundo semestre de 1878), págs. 81-139.

(4) Págs. 88-116. —El texto Edrisiano, traducido e interpretado por el señor Saavedra, dice así: «Este (el Tambre, que desagua en la ría de Noya), es un río considerable, junto al cual (en sus fuentes, o nacimiento) hay una gran iglesia cerca de Port-Tama (San Pedro de Porta del monasterio de Sobrado), y en sus orillas hay muchos cantones con aldeas y campos cultivados, distando de Santiago cuarenta y dos millas.» Sigue la descripción de la costa oceánica, dando la vuelta hacia la ría de Corcubión, La Coruña y Ortigueira.

Al feliz resultado de la excursión del señor Balsa de la Vega mucho contribuyó don José Martínez, ilustrado médico de Curtis y propietario de aquellos terrenos, que va explorando, de algunos años a esta parte con laudable tesón e interés científico. El cual ha puesto en salvo y guarda en su poder las tres referidas inscripciones lapidarias. De éstas ha publicado dos en fotografía el señor Balsa, reduciéndose todo su estudio a una traducción incompleta de la segunda. Del contenido de la tercera, nada nos dice, a menos que sea la del falo.

1.—Piedra granítica, alto 0'95 metros; ancho 0'69. Letras cursivas y toscas del primer siglo. Carece de puntos ortográficos.



D(is) M(anibus) s(acrum). Um(midio) Anteroti, ann(orum) XXXV, fa(cientum) cu(ravit) I(ulia) Aproniana coniugi carissimo.

Consagrado a los dioses Manes. A Ummidio Anteros de 35 años de edad. A su conyuge amadísimo erigió Julia Aproniana este monumento.

Los nombres y cognombres, que en esta inscripción se leen, se repiten en muchas lápidas.

2.—Piedra de grano fino. En el exergo de la parte superior, está esculpido el retrato del difunto, que sería soldado de caballería. Mira de frente, estando en pie. Con la izquierda sujeta la mordaza de su caballo de guerra que está detrás de él. La diestra se alza empuñando

do, a lo que parece, el *gaesum*, venablo de los celtas. Viste el sayo propio de aquella gente; y su cabeza, de tipo gallego, está nimbada de rayos y estrellas (1). Mide esta preciosa estela 2 m. de alto por 65 cm. de ancho y 13 de espesor. Sus bellas letras son anteriores al siglo IV. Esmaltan el epígrafe varias hojas de hiedra.



D(is) M(anibus) s(acrum). Iulio Severiano anno(rum) XLVII; memoriã posuit coniugi karissimo Placidia Lupa; defuncto in valle Mini(i).

Consagrado a los dioses Manes. A Julio Severiano de edad de 47 años. A su carísimo esposo, difunto en el valle del río Miño, Placidia Lupa puso esta memoria.

Trábase esta inscripción con la votiva de Mérida (466): *Fontibus sacrum. Iulia Lupa m(erito) libens v(otum) s(olvit)*.

El señor Balsa de la Vega (pág. 31) dejó sin traducir el inciso geográfico *in valle Minii*. Esta lápida, en su opinión, es de fines del siglo IV o de los comienzos del V. «Entre las singularidades de la inscripción —nos dice— figura la de la palabra *defuncto*, no empleada jamás por los romanos en semejantes monumentos.» Atrevidilla es la aserción, que desde

(1) Según lo refiere nuestro Lucano (*Pharsalia*, I, 449-454), los celtas, amaestrados por los druidas, creían que las almas de los finados se apartaban de la tierra para reencarnarse en alguno de los astros del cielo.

luego refutan muchas lápidas romanas de nuestra Península, enumeradas por Hübner (pág. 1.193).

3.—De esta lápida, que menciona el señor Balsa, espero me proporcione fotografía. No importa que sea borrosa y casi ininteligible. Cualquier trozo epigráfico de piedra, metal o cerámica, es digno de aprecio; y no pocas veces alcanza mayor valor histórico y geográfico que grandes y caligráficas inscripciones enteras.

4.—De un hermoso fragmento



perteneciente a Ciudadela, ha dado conocimiento al presidente de la Real Academia Gallega el R. P. Celestino Garcia Romero en el arriba citado artículo del 20 de julio. Está en poder de la anciana señora doña Carmela de Ferreiro, y ha sido copiado por don Manuel Varela de la Riva. Mide 40 por 20 centímetros, y sus letras del primer siglo, altas 8 centímetros, manifiestan el esplendor de que gozaba la población, cuando piadosa matrona erigió este monumento a su difunto marido.—FIDEL FITA.»

